

El verano en el campo es Azul

Azul Darquier



Capítulo 1

Me bajé del coche y contemplé la casa, estaba igual que como la recordaba, con las paredes blancas y los marcos de las ventanas ya desgastados por el tiempo. La enredadera del lado derecho había crecido hasta alcanzar la ventana del segundo piso, rodeándola por completo. Fui hasta el baúl y saqué mis valijas, desde allí pude ver el antiguo granero, ya muy maltratado por el tiempo. Había perdido el color rojo vivo que recordaba de mi niñez, allí había pasado gran parte de mis veranos. Me dirigí hacia la puerta, donde se encontraban mis dos abuelos sonrientes esperándome. La puerta continuaba teniendo el mismo color blanco y aquel simpático picaporte de cerdo, que había comprado junto con mi abuela cuando niña. Una de las pocas cosas que disfrutaba de ir a aquel lugar era poder compartir tiempo con mis abuelos, ambos eran dulces y simpáticos, y jamás se los veía tristes o de mal humor. Eran de esas personas que siempre están contagiándote buena energía y felicidad.

Solté mis valijas y los envolví a ambos en un largo abrazo.

—Ana querida, tanto tiempo, ¿Cómo te encuentras? — preguntó mi abuela.

—Muy bien, gracias. ¿Ustedes?

—De maravilla, ya sabes, cada día más arrugados. —contestó mi abuelo con simpatía.

—Tú serás el arrugado Oscar, yo sigo teniendo la piel de un bebé. — comentó mi abuela riendo.

Mi abuelo y yo nos unimos a ella.

—Pasa querida, ve a acomodar tus cosas.

Tomé ambas valijas y subí a mi cuarto usual. Sus paredes continuaban con ese tono rosa viejo y la alfombra color crema. Dejé las valijas en el armario para desarmarlas más tarde. Me encaminé hacia la cómoda, donde se encontraban el antiguo joyero de mi abuela y un espejo de Hadas, el cual había adquirido en una feria. Abrí el joyero y me puse el collar que tenía la M, me miré al espejo para ver como lucía. Era algo así como una tradición personal llevar ese collar durante mi estadía en aquel lugar, me gustaba ver la sonrisa de mi abuela cada vez que me lo veía puesto. Se lo había obsequiado mi abuelo cuando eran novios, mucho antes de que se casaran. Bajé a la sala de estar.

—Hay una sorpresa para ti en la cocina querida. — dijo mi abuela en

cuanto aparecí.

—No debiste molestarte abu, gracias. — dije besándola en el cachete.

—Ve a buscarla.

Fui directo a la cocina, sobre la mesa blanca antigua se posaba un plato repleto de mis galletas caseras favoritas, mi abuela me las hacía cada vez que iba a visitarla. Tomé una bandeja, puse las galletas y una jarra de jugo de naranja exprimida. Agarré cuatro vasos de la alacena y llevé todo a la sala de estar, donde me esperaban mis abuelos y mi madre. Apoyé la bandeja en la mesa ratona y me senté en el sofá junto a mi madre.

—Están riquísimas abu, muchas gracias. — dije mordiendo una galleta.

—No hay de que querida. — hizo una pausa— Le decía a tu madre que el sábado vienen de visita tus tíos, Eduardo y Mariel, con sus hijos.

—Eso es genial. —contesté algo distraída.

— ¿Durante cuánto se quedan? —preguntó mi mamá.

—Se van dos días después que ustedes. —contestó mi abuelo.

— ¿Tú los recuerdas Ana?— mi abuela me miró— Facundo y Gabriel.

—No abuela, creo que no— contesté tratando de recordar.

—Era de esperarse, solo pasaron un verano juntos, y déjame decirte que fue el más atareado de mis veranos—soltó una carcajada— con una niña de 6, un niño de 7 y otro de 8 haciendo travesuras... —dejó la frase en el aire.

—Creo que ya los recuerdo— dije haciendo memoria.

No los recordaba físicamente, pero si recordaba aquel verano, lo habíamos pasado a lo grande. Había sido el mejor verano de mi infancia, había corrido, saltado, jugado, nadado, llorado, todo junto. Recordé una anécdota de aquel verano y no dudé en compartirla con ellos.

—Si no tengo mala memoria, un día los chicos dijeron que era una niña pequeña por temerle a las gallinas, y yo, para demostrarles lo contrario dije que iba a conseguir un huevo de gallina sin que nadie me viese. Recuerdo que terminé con la mano vendada durante más de una semana. Sin mencionar las cargadas que vinieron junto con eso por parte de los chicos.

Todos rieron.

—Me acuerdo. — dijo mi abuela aun riendo. —Corriste llorando hacia mí, te habían hecho unas lindas lastimaduras.

Luego de comer las galletas y charlar sobre la escuela con mis abuelos subí a acomodar mis bolsos. Guardé las remeras y pijamas en la cómoda, los pantalones y las camisas en el pequeño armario y la ropa interior en la mesita de al lado de la cama. Dejé mis libros en el pequeño estante que había sobre mi cama y el que estaba leyendo lo dejé sobre la mesita de luz.

Aquella noche comimos empanadas de carne y de jamón y queso que había preparado mi abuela. De Lunes a Jueves cocinaba ella, los Viernes cocinaba mi abuelo y los Sábados y Domingos mi madre y yo. En las ocasiones en que venía mi padre hacia asado junto con mi abuelo. Era ya un programa que seguíamos sin siquiera mencionarlo, cada uno sabía lo que debía hacer. Las meriendas solíamos hacerlas mi abuela y yo o mi abuela y mi madre, mi abuelo se dedicaba a exprimir naranjas para el jugo.

Charlamos sobre muchos temas distintos y jugamos una partida de truco, yo formaba equipo con mi abuelo y terminamos ganando 30-23. Éramos un buen equipo, en cualquier juego que jugáramos normalmente ganábamos.

Me despedí de todos y subí a mi habitación, leí durante un rato y luego me duché. Observé por la ventana como se escondía el sol y me fui a dormir sin la más mínima noción de que al otro día mis vacaciones pegarían un giro inesperado.

Capítulo 2

Me levanté temprano, quería ver la salida del sol. Me dirigí al baño a lavar mi cara y mis dientes, salí y me vestí con un short de jean, una musculosa blanca y una camisa roja y azul a cuadros. Tomé mi cámara y mis vans y bajé. Fui a la cocina, me serví un poco de jugo exprimido y me tosté unos panes, los cuales comí con dulce de frambuesa. Una vez que terminé, dejé todo en la bacha y me puse mis zapatillas. Tomé la cámara y salí de la casona camino a la pileta. Me senté en el borde y esperé, ya el sol asomaba por entre los prados. Estuve unos 40 minutos tomando fotografías, el amanecer era hermoso y la calma que otorgaba el lugar era única.

Después de que el sol asomara por completo entré para lavar las cosas que había usado. Una vez que acabé salí de nuevo y metí los pies en el agua. Estaba helada y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, me quede así durante un rato, esperando que mis pies se acostumbraran. El agua comenzó a calentarse en cuanto el sol dio en la pileta. Saqué mis pies del agua y me puse las zapatillas, no los sentía, estaban muy entumecidos. En cuanto me levanté pude ver unas frambuesas al lado del alambrado llamándome. Fui dentro y busqué un taper para recogerlas, en cuanto salí vi a un chico del otro lado del alambrado, en el campo vecino. No recordaba que la Sra. Mendoza tuviese hijos ni mucho menos tan grandes y guapos. Me acerqué a recoger las frambuesas, él estaba de espaldas así que lo ignoré. Luego de tomar unas cuantas escuché una voz varonil y levanté la vista.

—Hola, soy Agustín. — dijo con una sonrisa en el rostro

—Hola, yo soy Ana, un gusto. — dije levantándome y devolviéndole la sonrisa

Tenía la tez pálida y el cabello negro, sus ojos eran una mezcla de verde con gris, realmente muy llamativos, era hermoso.

—El gusto es mío. — Miró el taper— ¿Quieres convidarme una?

Lo dudé unos segundos pero cedí. ¿Qué podía hacerme?

—Si claro. — le tendí el taper.

—Están deliciosas. — dijo probando una.

—Si es cierto. — dije comiendo una yo también.

Se hizo un silencio incómodo que duró algunos segundos. Yo tenía la vista en el pote de frambuesas y él miraba hacia algún punto fijo en el

horizonte.

—Emmm, supongo que nos veremos luego Ana, adiós. — se despidió el muchacho.

—Adiós. — saludé.

Junté un par de frambuesas más y me encaminé hacia la casa, con los pensamientos fijos en aquel lindo chico. Entré a la cocina y allí estaban mis abuelos y mi madre desayunando.

—Buenos días. — saludé.

—Buenos días Ana, ven, toma asiento. — dijo mi abuela apartando la silla a su lado.

—Gracias abuela. — dije sentándome— Conseguí frambuesas, están deliciosas ¿Alguien quiere? —pregunté.

—Pásame una. — pidió mamá. — Es cierto, están riquísimas.

Dicho esto dejé el taper en el centro de la mesa para que todo el que quisiera pudiese comer.

—Abus, ¿Puede ser que la Sra. Mendoza tenga un nieto o sobrino? —pregunté.

—Sí, viene al mismo tiempo que tus primos, en el invierno, que extraño que este en esta época del año. —contestó mi abuela.

— ¿Cómo se llamaba? — preguntó mi abuelo.

—Agustín. — contesté atropelladamente.

—Ah, sí, Agustín, muy buen muchacho— dijo mi abuelo pensativo.

—Ojo con ese chico Ana. — dijo mi madre medio en broma.

—Mamá. — me quejé rodando los ojos.

Todos reímos al unisón.

A eso de las 5 de la tarde salí a la piscina, llevaba un traje de baño azul y blanco a rayas y mi pelo atado en un rodete. Dejé mi toalla a un costado y me senté en el borde, mis abuelos estaban tomando terere con mi mamá.

Metí los pies en el agua, estaba más caliente que por la mañana.

— ¿Quieres? — ofreció mi abuela.

— Sí, claro, ahí voy. — contesté levantándome.

— ¿Porque no invitas a Agustín a la pileta? Le vendría bien, está cortando el pasto desde que salimos.

— Ok, ahora voy. — contesté devolviéndole el terere a mi madre, quien estaba cebando.

Me puse un short y las ojotas y fui hacia el alambrado. Él estaba sin camiseta y podía notar los músculos de sus brazos, no eran los mejores que había visto, pero estaban bien. Debo admitir que me daba demasiada vergüenza invitarlo a la piscina, apenas nos conocíamos. Traté de llamar su atención por encima del ruido de la podadora, pero los intentos fueron inútiles. En cierto momento la apagó y volteó.

— Hey hola. — dijo con su sonrisa brillante.

— Estoo, Hola. — no podía sacar la vista de su torso.

— ¿Se te ofrece algo? — preguntó de forma gentil.

— Ah, sí, claro. — Hablé atropelladamente— ¿Quieres venir a la piscina? Mi abuelo me ha dicho que te vendría bien. — me mordí el labio, nerviosa, esperando su respuesta.

— Sí, me encantaría, en 5 minutos estoy contigo. — dijo dándome la espalda y marchándose a la casa— por cierto, lindo bikini. — gritó haciendo que me ruborizara por completo.

— El agua esta fría. — se quejó entrando a la piscina.

— No seas marica, está bien. — dije nadando.

— Tú lo dices porque ya te acostumbraste, viva.

— Ya, da igual, tú te lo pierdes. — Rodé los ojos y le di la espalda.

De golpe una ola me hizo tragar montones de agua. Giré a ver que la había producido y estaba Agus saliendo a la superficie. Su oscuro cabello se pegaba a su frente y sus hermosos ojos estaban mirándome. Comencé

a toser para escupir el agua, él puso cara de preocupado.

— ¿Estas bien? — preguntó acercándose.

—Sí, creo que sí.

—Lo lamento.

—Sí que lo lamentaras. — dije salpicándolo con todas mis fuerzas.

Las dos horas siguientes pasaron rapidísimo, corrimos carreras, hablamos de nuestra vida, nos salpicamos mutuamente y nos reímos mucho. Habíamos entrado en confianza muy rápidamente. A eso de las 8 el sol comenzó a bajar y salimos de la pileta. Nos despedimos con un beso en la mejilla y quedamos en encontrarnos al día siguiente. Entré a la casa y me bañé, luego bajé a cenar. Más tarde, después de leer un libro, me dormí.

Capítulo 3

Me levanté cuando oí un motor rugir. Me refregué los ojos y luego me estiré, acto seguido salí de mi cama. Asomé a la ventana y vi un coche rojo estacionado, estaba muy nuevo, y mis primos y tíos estaban saliendo de él. Me puse un buzo, me calcé las ojotas y fui a saludar. En cuanto asomé por el umbral Facu me vio, corrió a mi encuentro y me abrazó con fuerza levantándome del piso.

—Ana, cuanto te eh extrañado. — decía mientras me giraba en el aire.

Una vez que me bajó pude mirarlo a los ojos. Esos ojos grises seguían con la misma chispa de picardía, pude reconocer al instante a mi primo mayor menor, Facundo. Antes de poder contestar volví a volar por los aires, esta vez era Gabi quien me abrazaba y giraba.

—Ana, mírate cuanto has crecido pequeña niña.

En cuanto me bajó pude verlos a los dos, juntos, como cuando eran chicos, unidos por un lazo inigualable. Sonreían de oreja a oreja y me observaban como si de un nuevo coche se tratara, mirando absolutamente todo. Me sentí un tanto incómoda y me sonrojé. No esperaba semejante muestra de afecto de su parte teniendo en cuenta que no nos veíamos hace varios años.

—La misma Ana de siempre, sonrojándose con lo más mínimo. — dijo Gabi negando con la cabeza.

—Y ustedes siguen iguales. — Los mire a ambos— pensándolo bien, de niños eran más atractivos. — bromeé.

Los tres reímos.

—Tu, en cambio, estas más bonita que antes. — observó Facu.

— ¡Oh madre santa! ¿Esta es mi pequeña Ana, la que pedía todos los días le trenzara el cabello? — exclamó mi tía acercándose a mi.

—Tía tanto tiempo, si soy yo, he crecido un poco desde la última vez que nos vimos. — reí incómoda.

—Un poco dices, ya eres toda una mujer. — Dijo abrazándome —Chicos ayuden a su padre con las valijas.

Luego de un largo abrazo me soltó, me tomó por los hombros y me

observó de arriba a abajo, con una sonrisa de amor en el rostro.

—Esta tan linda Ana, que no te extrañe si los chicos te miran, eres toda una princesa.

—Gracias tía. — contesté nerviosa.

—Vengan aquí y ayúdenme. — dije a los chicos que se encontraban sentados en el sofá.

Volví a la cocina y ambos entraron enseguida dispuestos a ayudarme.

— ¿Qué necesitas princesa? — era Gabriel.

— ¿Podrías pasarme una salsa de tomate? — Me giré— Por favor.

— A sus órdenes princesa. — dijo fingiendo una reverencia y yendo hacia la alacena.

— ¿Qué necesitas hoyuelos? — esta vez era Facu.

—Tú tráeme el jamón y el queso de la heladera, porfas.

—Bueno, hoyuelos.

— ¿Ustedes se pusieron de acuerdo para llamarme por apodos ridículos acaso? — pregunté a ambos un tanto extrañada.

— Quizá. — contestaron al unísono.

—Pues entonces yo los llamare... — quedé pensando.

—No tienes apodos para nosotros. — dijo Facu.

—Puedes llamarnos bello uno y bello dos. — bromeó Gabi.

—Si claro cómo no. — contesté rodando los ojos y sonriendo levemente.

Ambos me ayudaron a preparar la lasaña. Gabi traía unos jeans negros holgados y una remera azul con un balón de fútbol americano y unas inscripciones por arriba y por debajo. Facu vestía bastante similar, con un jean azul y una remera violeta con unos extraños dibujos. Amaba ese tipo remeras, las usaba siempre que podía. Tenía unas cinco remeras de ese estilo y a pesar de lo que me dijese el resto las usaba todas. Siempre me

parecieron extremadamente cómodas.

—No les extrañe si se quedan mágicamente sin esas remeras— dije señalando a ambos— Son de mis favoritas.

—Me gusta que las chicas usen remeras grandes. —comentó Gabi— Dejan mucho lugar a la imaginación.

Me sonrojé ante el comentario. Sí, me sonroje toda mi vida muy fácil.

Luego de una hora todos estábamos sentados en la mesa, almorzando mi lasaña, de la que estaba verdaderamente orgullosa.

—Esto esta delicioso Ana. — alagó mi tío.

—Gracias. — contesté— Ayudaron también los chicos.

—Si con ayudar te refieres a pasar los ingredientes, sí, somos todos unos cocineros. — dijo Facu haciendo reír a todos.

— ¿Cómo anda el colegio? — preguntó mi tía.

—Todo excelente, promedio 10 en todo. — contestó apresuradamente mi mamá, sintiéndose orgullosa de su hija.

—Felicidades, ojalá los chicos aprendieran de ti. — dijo mirando a mis primos con reproche.

— Solo me llevé 5 mamá, además las rendí ¿O no? — dijo Gabi un tanto avergonzado.

—Yo tuve promedio ocho. — dijo Facu a la defensiva notablemente molesto.

—Sí, pero podrían esforzarse un poco más. — esta vez fue mi tío quien habló.

Se produjo un silencio incomodo que rompió mi abuela:

— ¿Saben quién vino chicos? — preguntó mirando a los muchachos— Cuéntales Ana. — me dijo al notar que no respondían.

—Estooooo, Agustín, el vecino, está aquí, quiero decir que eeeeh, en el campo de los Mendoza. — contesté realmente muy nerviosa.

Me ponían nerviosa varias cosas, entre ellas, hablar sobre los hombres

frente a mi familia u otros hombres.

—Genial. — contestó Facu.

—Me parece que alguien se ha enamoradoooo. — canturreó Gabi irritándome.

—Ya cállate, no es cierto. — dije golpeando su hombro.

—Ana Glocer, compórtate como una señorita. — me regañó mi madre.

—Ella, señorita, si claro. — dijo Gabriel.

—Gabriel. — lo retó mi tía.

—Lo siento. — se disculpó.

Luego de terminar de almorzar comimos el postre, frambuesas con dulce de leche y crema. Una vez que levantamos, lavamos y guardamos las cosas fui a la habitación de mis primos para ayudarlos a desempacar.

Su cuarto era un poco más grande que el mío y tenía las paredes azul claro. Ese cuarto había pertenecido a mi Tío, el mío a mi Madre. Había dos camas, una en cada lado de la habitación y un placar en medio. La ventana suya daba a la parte trasera del campo, donde se podía ver el granero, a diferencia de la mía que daba al frente del lugar. Abrieron una valija y comenzaron a sacar montones de ropa, más de la que yo había traído.

—Trajeron más ropa que yo. — comenté desde el umbral de la puerta.

—Los ayudo.

—Somos dos, hoyuelos, y la otra valija no tiene nada de ropa. — dijo Facu lanzándome una remera de lleno en la cara.

— ¡Hey! — me quejé.

—Justo en el blanco. — rió.

—Idiota. — reí junto con él.

Comencé a doblar remeras y short, estaba casi todo arrugado, hombres.

—Gracias por la ayuda. — dijo Gabi dedicándome una hermosa sonrisa.

—No hay de qué. — contesté— ¿Les apetece ir a la pileta? — pregunté.

—Si claro, terminamos de guardar la ropa y vamos. — contestó Gabi— Ve a cambiarte.

—Está bien. — dije levantándome de la cama.

Llegué a mi cuarto y cerré la puerta. Abrí el cajón y tomé una bikini negra, fui al baño y me cambié. Me observé frente al espejo, satisfecha por el ejercicio que había hecho durante el año. Comía demasiado, y no me apetecía dejar de hacerlo, así que salía a correr cuatro veces a la semana durante una hora. Salí del baño y busqué una toalla, me la puse al rededor, me calcé las ojotas y fui a buscar a mis primos. Toqué la puerta y Facu me abrió, estaba ya en traje de baño y dejaba al descubierto sus abdominales, no pude evitar dirigir mi mirada hacia allí. Se dio cuenta que lo observaba y sonrió con satisfacción.

— ¿Te gustan, hoyuelos? Todo un año de ejercicios vale la pena. — dijo.

—Ni me lo digas, yo también tuve que hacer ejercicios. — dije un tanto avergonzada.

—Ya estamos, el último que llega tiene que ser lanzado por los otros al agua. — dijo Gabi saliendo de la habitación.

Él y Facundo salieron corriendo por las escaleras. Inevitablemente puse la vista en el trasero de Gabriel. Ana, no, tu no haces eso, dije regañándome mentalmente. Den por supuesto que perdí. Bajé las escaleras con toda la tranquilidad del mundo, avisé a mi madre que estaría en la pileta y salí. Una vez en el borde de la pileta vi a mis primos en el agua, ambos mirándome con cara de picardía.

—Perdiste, princesita. — dijo Gabriel saliendo de la pileta.

Me quité la toalla y la dejé sobre una reposera, no quería que la mojaran. Siempre aceptaba mis prendas o castigos, no me molestaba, era divertido. Pude ver que ambos observaban mis piernas y me sonrojé.

— ¡Woow! Que piernas hoyuelos. — soltó Facu sin descaro haciéndome sonrojar más.

—Ya basta, dejen de mirarme y láncenme de una maldita vez. — dije un tanto incomoda.

—A sus órdenes princesa.

Gabi me alzó y me tiró al agua con una fuerza que no hubiese imaginado, no es que sea gorda, pero 56 kilos son difíciles de levantar para una sola persona. Caí al agua y esta estaba helada, salí a la superficie y maldije

por lo bajo.

—Sigues siendo lenta eh. — comentó Gabi metiéndose nuevamente al agua.

—Fue porque me agarraron desprevenida, eso no es justo. — dije mirándolos a ambos— He estado practicando.

—Si claro. — dijo Facu rodando sus ojos.

Salpiqué a ambos y comenzamos una guerra de agua que duró una media hora. Mis dos primos tenían un físico realmente privilegiado, sin mencionar que eran hermosos. Eran algo así como los chicos perfectos. Luego de un rato mi primo salió y fue a buscar a Agustín, que vino una media hora después. Los cuatro permanecemos en la pileta charlando, yo no hablaba demasiado, pero escuchaba atenta. Me decepcioné bastante al saber que Agustín tenía novia. En cuanto se pusieron a hablar de chicas me despedí de ellos y entré a leer.

—No recordaba que Ana estuviese tan buena. —dijo Gabriel— Quiero decir, ¿Vieron el cuerpo que tiene?

—Hermano, no la veíamos de los 8 años, cambio, obviamente. — dijo Facundo— Y si, realmente está muy hermosa.

—Es muy linda y simpática la verdad. — comentó Agustín.

—Sí, y esos hoyuelos que tiene son tan lindos. — dijo Facundo enternecido— Sin mencionar lo dulce que es.

—Son tan cursis. — dijo Gabriel.

—Tu porque la piensas para otras cosas. — respondió enojado Facu— Nosotros la vemos como persona, idiota.

—Ya, sabes que bromeo. Es toda una princesa. — dijo Gabi.

—Me tengo que ir chicos, hoy hay una fiesta en el pueblo, si quieren ir avísenme y los llevo.

— Si claro, iremos con gusto. — contestó Gabi.

— ¿A qué hora es? — preguntó Facundo.

—A eso de las 10, estense en casa tipo 9:45, Adiós. — se despidió.

Gabriel y Facundo entraron a la casa y fueron derecho a bañarse, ya eran las 9 y solo tenían 45 minutos. Ambos se vistieron de jean y camisa, la de Gabi era roja con negro y la Facu azul con negro. Se perfumaron y salieron hacia el cuarto de los padres para avisarles.

—Hola ma, iremos a una fiesta. — dijo Gabriel.

— ¿Y a quien le han preguntado? — dijo ella seria.

—Vamos, mamá, ya tenemos 17 y 18, podemos decidir nosotros mismos.

—Solo si la llevan a Ana, no me parece justo que la dejen sola. — contestó.

—Mamá es una responsabilidad, aún es chica, no sabe cuidarse sola. — se quejó Gabriel.

—Van con ella o no van, está decidido. — finalizó la madre.

Ellos se dirigieron al cuarto de Ana y tocaron la puerta, ella les abrió en pijama. Ambos la miraron, estaba muy linda con el pelo tan despeinado.

— ¡Hey! Holaaaa, ¿Qué quieren? — preguntó ella agitando el libro frente a sus narices.

—Hay una fiesta, vamos, vístete, en 10 minutos te quiero abajo, Agustín nos espera en 15. — dijo Gabi con sequedad saliendo de su trance.

— ¡Genial! — exclamó ella contenta— Gracias por invitarme. — dijo abrazándolos a ambos.

Ellos bajaron y se sentaron en el sofá a esperarla. Bajó vestida con unas convers negras, una falda tubo negra y una camisa de gaza blanca muy transparente. Estaba hermosa.

—Vas ahora mismo a cambiarte eso. — dijo Gabriel mirándola de arriba abajo.

— ¿Qué no les gusta? — dijo decepcionada mirándose.

—Claro que sí, estas increíblemente hermosa, y demasiado sexy para salir— tomó aire— Van a haber muchos chicos borrachos y perversos, no quiero que te pase nada. — dijo Gabriel.

—Está bien, ya regreso. — bufó ella.

Dos minutos después bajo con la misma camisa, pero con unos jeans bastante apretados. Gabriel se dijo que iba a tener que cuidarla mucho. Facundo pensó en que esos jeans le quedaban perfectos.

— ¿Mejor? — preguntó ella.

—Sí, mucho mejor. — contestó Gabi.

—Entonces vamos. — dijo ella entusiasmada.

En cuanto llegaron a la casa de los Mendoza estaba Agustín esperando arriba de su camioneta, todos se subieron y el arrancó. Ana le mandó un mensaje a su madre diciendo que se había ido con los chicos a una fiesta, había olvidado por completo avisarle. Rezó porque no la regañara luego. Notó que los tres chicos la ojeaban a cada rato y se puso un tanto nerviosa.

—Estas hermosa Ana. — dijo Agustín,

—Gracias. — respondió ella— ¿Dónde es la fiesta?

—En HotPiratas. — contestó él.

— ¿No es eso el boliche? — preguntó Ana un tanto asustada, nunca había estado en un boliche.

—Sí, pero tranquila, a lo sumo seremos cien, no hay muchos adolescentes por aquí. — contestó Agus despreocupado.

Una vez que llegaron a lugar se bajaron del auto. Gabi la frenó y mirándola a los ojos le dijo:

—No te separes de mi ¿Esta bien?

—Sí, tranquilo. — contestó ella— No lo haré.

Capítulo 4

Mi primo me agarró por el brazo luego de pedirme que no me separase de él. El lugar estaba construido en madera, pero se veía bien cuidado. En la entrada había un cartel con el nombre del lugar, con una calavera con parche y pañuelo en la cabeza en la esquina inferior derecha. Entramos al boliche sin pagar, Agustín conocía al Guarda. En cuanto entré no pude creer lo que vi, había más de 200 chicos de nuestra edad, que iban de los 16 a los 20 años, ¿Dónde diablos a estado la gente todo este tiempo? Pensé. La música estaba muy alta, había mucha gente bailando en la pista y varias personas en la barra. La pista central estaba un escalón debajo de donde se encontraba la barra, y en frente de la última, se encontraba la cabina del dj. El chico que estaba pasando la música era muy guapo, y no creí que tuviese más de 20 años.

—No aceptes tragos de nadie. — gritó Gabi entre la música para que lo escuchara— Vamos a la barra.

—Está bien. — respondí mientras lo seguía.

Una vez que llegamos nos sentamos en dos bancas que estaban juntas, mi primo pido una bebida azul para él y un agua para mí. Me enfadé por eso, ya tenía 16 y había tomado otras veces, no era justo que me tratase de niña. Una vez que conseguí la atención de barman le pedí Gancia de pomelo, el cual me trajo enseguida. Me sonrió y me guiñó un ojo, yo me sonrojé. Giré a ver la reacción de mi primo, pero ya no estaba, furiosa me tomé la bebida de un solo trago. Estaba en la pista, coqueteando con una rubia que vestía un corto vestido que casi dejaba ver sus nalgas. Pedí otro Gancia al barman y me lo tomé. Mi cabeza ya empezaba a doler, pero no me importaba, estaba enojada. Vaya primo, me pide que no me aleje y se aleja él. Me parecía ridícula su actitud y me molestó muchísimo que me dejara sola. Me volteé y pedí un Daiquiri de Durazno, un chico se sentó a mi lado y dijo que iba por su cuenta, le agradecí un poco incomoda.

—Hola, soy Daniel. — se presentó con una sonrisa.

—Ana. — contesté tomando un sorbo de daiquiri.

—Lindo nombre. Nunca te había visto por aquí.

—No salgo a menudo, solo estoy de vacaciones.

— ¿Quieres bailar? — preguntó teniéndome su mano.

—Si claro. — contesté tomando su mano y dejando el vaso vacío sobre la

mesa.

En cuanto me puse de pie me mareé, me tambaleé un poco pero luego me estabilicé. Daniel me miró un tanto preocupado, tenía los ojos verdes y el pelo rubio oscuro, era muy bonito. Sonreí y me devolvió la sonrisa mientras nos dirijamos a la pista. Me aseguré de quedar lo más cerca posible de mi primo para molestarlo. Comenzamos a bailar, el chico se movía muy bien, yo bailaba lo mejor que podía; me gustaba mucho bailar, así que me deje llevar. Él sonreía y me miraba, ya no recordaba a mi primo, estaba concentrada en ese bonito rubio.

—Ya vengo. — dijo a mi oído haciéndome estremecer.

Me dejó allí parada y se fue a la cabina del dj. Después de unos minutos volvió conmigo, con una gran sonrisa en el rostro. Mi cabeza daba mil vueltas, no sabía si por el alcohol, la adrenalina o por otra cosa. De golpeé comenzó a sonar una canción lenta, lo miré y sonrió con satisfacción. Me tomó por la cintura y me acercó a él. Yo apoyé mi cabeza en su hombro y me dejé llevar por el momento. Un rato después me encontraba bailando cuarteto con Dani, no paraba de moverme de acá para allá, y tenía unos pasos increíbles. Sin querer choqué con Facu, que bailaba con una morena muy linda, le sonreí despreocupada y él me devolvió el gesto. Una media hora más tarde me encontraba afuera, tomando aire con el chico.

—Bailas bien. — comenté.

—Tu igual. — respondió con una sonrisa en el rostro.

Me sonrojé. Él lo noto y rio por lo bajo. Comencé a sentir frío, se me puso la piel de gallina.

—Entremos, tengo mucho frío.

Me puso su chaqueta sobre los hombros y me abrazo cariñosamente.

—Eso no basta. — reí. — Aunque gracias de todos modos.

—Te acompaño dentro pero luego me tengo que ir. — dijo parándose— Dame tu número.

Aunque sonó como una orden no lo dudé ni dos segundos. Tomé su celular y me agendé; una vez que terminé se lo devolví. Era lindo, no perdía nada con darle mi teléfono.

—Gracias. — dijo rodeándome por los hombros y llevándome dentro.

Una vez dentro lo acompañé al guardarropa a buscar su campera y le devolví su chaqueta. Nos despedimos con un beso en la mejilla y

quedamos en hablar. No vi ni a mis primos ni a Agus, así que me dirigí a la barra. Antes de llegar sentí que alguien me tomaba por la cintura y me volteaba. Era Agustín, con varias copas encima, aliento a alcohol y los primeros botones de la camisa desabrochados.

—Eres taaaaan linda Ana. — dijo acercándose a él.

—Estas borracho. — contesté asqueada.

—Claro que no lo estoy, solo tomé tres daiquiris. —me miró a los ojos—
Luego de los cinco me emborracho.

—Si claro, como digas. — traté de separarme de él.

—Ana, no te vayas por favor. — escuché mientras me marchaba.

Busqué a Gabi con la mirada y lo vi apoyado contra una pared besando desenfrenadamente a la rubia de antes. Que buen novio eres, idiota, pensé para mis adentros. Alguien me tocó el hombro sobresaltándome, me giré y ahí estaba Facu.

—¿Quién era ese rubio con el que bailabas? — preguntó con notable interés.

—Daniel, se llama Daniel. —dije.

—A Gabi no le gustara nada. — dijo negando con la cabeza.

—No creo que este muy ocupado conmigo. — dije mostrándole con quien estaba.

—Que imbécil. — dijo con notoria frustración— Ese no es mi hermano.

—Acepta la idea. — le dije de mal modo— ¿Vamos a bailar?

—Claro, no te aflijas si no podés seguirme— dijo divertido citando una parte de la canción gelatina.

Me reí por su ocurrencia y lo acompañé a la pista. Comenzamos a bailar y estuvimos así el resto de la noche. Era tan divertido bailar con él, me hacía reír a cada rato e imitaba bailes graciosos conmigo. Noté que varias chicas me miraban, celosas, sonreí a todas y estas me miraron con desprecio. En cierto momento me agarró por la cintura y me pegó a él. Sentí su respiración en mi cuello.

—Ana, si no fueses mi prima. — dijo suspirando y dejando la frase en el

aire.

— ¿Si no fuese tu prima qué? — pregunté poniendo mis manos en mi cadera.

El rio. Me miro con ternura, cosa que hizo que me lanzase sobre él y dijera cerca de sus labios:

—Vamos, contesta. — sentía su aliento dulce, no había bebido un solo trago.

Mi aliento, en cambio, debía oler a alcohol, que asco, y así y todo seguía aceptando la situación de cercanía.

—No, no puedo. — dijo separándome de él.

Sabía lo que pensaba, o por lo menos eso creía, quería besarme. Me acerqué y lo tomé por el cuello, mirándolo fijo a los ojos. Él aparto la vista y rio. Estaba siendo muy impulsiva con todo, pero no me importaba.

—Quiere besarme. — solté sin más.

—Realmente si, y vaya que quisiera, pero eres mi prima, y estas pasada de alcohol— suspiró—no quiero aprovecharme de tu estado.

—No te aprovecharías de nada— dije frustrada, quería que me besara— estoy total y completamente consciente.

— ¿Cuatro más tres? — preguntó.

—Emmm. — diablitos, siquiera podía hacer esa cuenta—¿Trece?

—Estas peor de lo que pensé. — me miró y me tomó de la barbilla— Quien lo diría, Ana borracha.

—Que no estoy borracha, solo un poco pasada quizás. — respondí avergonzada.

—Pues hoy no será pequeña. — dijo depositando un corto beso en la comisura de mis labios.

— ¿Por qué me haces esto? — pregunté con cara de perrito mojado.

—Porque te quiero y respeto. — besó mi frente— Vamos a casa, no creo que ninguno de los chicos pueda llevarnos.

—Está bien, tengo que ir por mi buzo al guardarropa.

Una vez fuera del boliche el aire frío me golpeó como una cachetada. Subí más el cierre de mi buzo. El aire también logró que me mareara mucho.

— ¿A cuánto estamos de lo de la abuela? — pregunté mientras caminaba junto a él.

—Diez cuadras, a lo sumo 12, en unos minutos estaremos allí, si nos apresuramos.

—Ya. Me duelen las piernas. — me quejé.

Me tomó por las piernas y me alzó como a una princesa, le agradecí el gesto, realmente no tenía ganas de caminar. Apoyé mi cabeza en su hombro, cerrando los ojos.

—Gracias, eres el mejor. — le dije.

—No hay de que, hoyuelos. — contestó provocando que sonriera.

No sé en qué momento fue, pero me dormí. Me dejó sobre el sofá con suavidad y me desperté. Me miraba con una sonrisa de lado.

—Ya, no me mires. — dije incomoda y con mucho sueño.

—No puedo, eres hermosa. — dijo negando con la cabeza.

—No es cierto. — me ruboricé.

—Sera mejor que vayas a dormir, te hará bien descansar.

—Tienes razón, mi cabeza no deja de dar vueltas. — dije parándome.

—Te acompaño. — dijo tomándome del brazo.

Subimos a mi cuarto y lo despedí en la puerta, le di un corto beso en los labios y cerré la puerta. ¡Qué diablos Ana, que carajos acabas de hacer! me regañe mentalmente. Me puse el pijama como pude y me acosté, la cabeza me giraba a mil por hora. Había sido muy impulsiva durante toda la noche y seguro eso traería consecuencias.

Capítulo 5

Me levanté con un fuerte dolor de cabeza. Tenía los recuerdos borrosos, poco a poco me incorpore tratando de recordar. Entonces recordé: había bailado con un chico... ¿Dante? ¿Daniel? No recordaba bien su nombre. También había bailado con Facu y.... ¡Mi dios! ¡Había besado a mi primo! ¿Cuánto había tomado? ¿Tanto como para hacer semejante idiotez? Enseguida me arrepentí y me sentí muy avergonzada de mí misma. Era mi primo, no me gustaba, en absoluto, solo lo encontraba atractivo y punto, no me quería relacionar con él, que carajos había hecho. Como pude me levanté y me fui a duchar. En cuanto entré el agua comenzó a aliviar mi dolor de cabeza, necesitaba relajarme para aclarar mis ideas, traté de poner las cosas en orden. FUI A LA FIESTA, BAILE CON UN DA... ALGO, ME ENCOTRÉ CON AGUSTIN BORRACHO, FACU ME ENCONTRÓ, BAILE CON ÉL, ME TRAJO A CASA ¿CÓMO PRINCESA?, LO BESÉ, GABI Y AGUSTIN NO VOLVIERON CON NOSOTROS ¿O SÍ?

¡No, no y más no! Eso no debería haber pasado, estaba muy enojada conmigo misma. Salí de la ducha con el dolor más apaciguado, me vestí y tomé mi celular, eran las 12:34. Tenía 2 llamadas perdidas, un mensaje de voz y un mensaje. Abrí el mensaje, era de un número desconocido: Ayer la pase genial, me gustaría que nos conociéramos. Daniel. Con que ese era su nombre... me agendé el número y me fijé de quien eran las llamadas perdidas, otro número desconocido. Abrí el buzón de voz para escuchar el mensaje: ¡Donde carajos estas Ana! Te dije que no te separaras, confío en que estés con Facundo..... Adiós. En ese momento enfurecí, ¿Además de abandonarme me echaba la culpa? ¿Qué clase de primo hace eso? Bueno, yo no podía hablar de clase de primos, pero.... Aghs. Tiré el celular a la cama y salí de mi habitación. Debía disculparme con Facundo, con Gabriel ya vería que hacía. Tomé valor y fui hasta su cuarto, toqué la puerta y escuché que Facundo decía PASE. Entré abriendo la puerta de a poco, Gabriel no estaba, y Facundo seguía en la cama, recostado.

—Em, hola. — dije tímida.

—Buenos días bella durmiente. — dijo sentándose.

—Mira quién habla de bellos durmientes. — dije con la vista todavía en el piso, pero con más confianza.

—Lo sé, soy bello. — dijo engreído.

—Si como no. — suspiré y lo miré a los ojos, se encontraba sereno— Venía a disculparme por lo de ayer, esa, no era yo, en realidad sí, pero estaba borracha, o algo así supongo. No me encontraba en todos mis

sentidos, la cosa es que...

—Te perdono Ana. — dijo cortándome en mitad de frase— No hay problema.

—Si pudiéramos hacer de cuenta que eso no ocurrió, te lo agradecería. — pedí.

Rio con amargura

—Si es lo que quieres.

—Si, por favor.

Se hizo un silencio incómodo.

— ¿Dónde está Gabriel? — pregunté.

—Supongo que debajo de un puente. — al ver mi cara de espanto agregó— Es broma, debe estar en lo de Agustín, no se molestó en aparecer, no le gusta que mamá lo regañe.

—Está bien. — sonreí— ¿Bajamos a desayunar?

—Claro que sí, primita- dijo levantándose de la cama.

Bajamos y desayualmorzamos solos, había una nota en la cocina que decía: FUIAMOS A LA LAGUNA, SUPUSIMOS QUE NO QUERRÍAN VENIR, SALUDOS.

—Esta mermelada se está acabando. — dijo Facu.

—Tendremos que cocinar más. — dije revolviendo mi chocolatada.

—¿La abuela tiene frambuesas? — preguntó.

—Sí claro, hay en el alambrado, o más allá del granero. Hablando de eso ¿Viste lo destrozado que está?

Parecía que nada de lo de la noche anterior había pasado, él se lo había tomado bien y yo estaba más tranquila tras que él me entendiera. Todo fluía como debía fluir. No quería pensar ni en Agustín ni en Gabriel, que se arreglaran solos, ya estaban grandecitos.

—Sí, está bastante viejo, habría que arreglarlo. — contestó.

—Podemos pintarlo. — propusé.

—Sí, podríamos. — dijo mientras se le formaba una sonrisa en el rostro— Hay que comprar pintura.

—Podemos ir al pueblo. — dije entusiasmada.

— ¿Te apetece ir hoy o vamos mañana? — preguntó.

—Mañana, la cabeza me duele, hoy prefiero hacer dulce. — contesté.

Se levantó de la mesa y rebuscó en la alacena, a los segundos se sentó y me entregó una pastilla blanca.

—Toma, esto te aliviara por un rato.

—Gracias.

—Estas frambuesas están riquísimas. — dijo Facu probando una.

—No te las comas, son para el dulce. — lo regañe.

—Vamos, prueba, una sola.

—Ya, está bien. — dije tomando una frambuesa del pote.

— ¿Y? — preguntó impaciente.

—Están buenísimas. — dije yendo a agarrar una segunda.

—Chhh. — me golpeó suave la mano— son para el dulce. — dijo divertido.

—Que gracioso. — fingí una risa.

Una vez dentro nos pusimos a preparar el dulce, nos turnábamos en las labores. Estuvimos haciendo dulce como una hora. En cuanto terminamos lo pusimos en frascos y fuimos al living. Nos sentamos en el sillón y permanecimos en silencio por unos minutos.

— ¿Quieres jugar al póker?

—Una señorita como usted no debería estar apostando. — me miró y sonrió— sí, me encantaría.

—Ahora regreso. — dije levantándome del sillón.

Subí a mi habitación y busqué la valijita de póker, tenía el set completo. Agarré el celular, me lo guardé en el bolsillo y bajé. Repartí las fichas y comencé a mezclar las cartas. Él me frenó las manos e hizo que lo mirara a los ojos. Sus ojos grises parecían un poco tristes, me perdí en su mirada.

—Yo mezclo. — dijo sacándome el mazo de las manos.

—Como quieras. — contesté acomodándome en el sofá.

Una vez que repartió las cartas aposté, tenía par de A. El duplicó la apuesta y yo la igualé.

—Con que juegas rudo eh. — dijo poniendo las tres cartas en la mesa.

—Sí, soy muy ruda. — dije fingiendo músculos y frunciendo el ceño.

El rio ante mis muecas y negó con la cabeza. Dos K y un 2 de pica, genial, dos pares.

—No le digas a nadie, pero tengo par de K- bromeó mi primo haciéndome reír.

Aposté otra vez y mi primo igualo. Dio vuelta una cuarta carta, 8 de corazón.

—Yo paso. — dije.

—Yo igual. — dijo dando vuelta la última carta.

Salió un 3 de pica.

—Apuesto esto. — dije dejando unas 5 fichas en la mesa

—Te igualo. — dijo poniendo 5 él— te toca.

—Par de A y par de K. — dije dejando mi par de A sobre la mesa.

—Me ganaste. — dijo dejando un par de J sobre la mesa.

Agarré todas las fichas del centro de la mesa como si de un tesoro se tratase, provocando que mi primo se riera.

—Eres una ambiciosa. — dijo sonriendo de lado.

—No es cierto. — reproché.

Jugamos unas 5 partidas más, el ganó cuatro y yo gane una, derrota para mí.

—Felicidades. — sonreí.

—Gracias, LOSER. — dijo haciendo una L en su frente.

—Eres un niño. — dije entre risas.

—Si es lo que piensas. — dijo con una sonrisa de maldad en el rostro.

Se lanzó sobre mí y comenzó a hacerme cosquillas, primero en los brazos y luego en la panza, yo no paraba de reír y patear, un reflejo que tenía.

—Para, para. — dije tratando de no reír— me quedo sin aire.

—Qué pena. — dijo intensificando las cosquillas.

Un rato más tarde se invirtió la situación, no sé cómo, pero paso. Yo estaba sobre él haciéndole cosquillas, él no paraba de reír y contra atacar. Ambos terminamos rendidos, traspirados y acalorados, cada uno de un lado del sillón, respirando con fuerza.

—Eso fue divertido. — dije mirándolo.

—La verdad que sí. — dijo sonriendo.

—Hace mucho no hacía algo parecido.

—Ya regreso. —dijo cortando en seco. Se levantó del sillón y desapareció en la cocina.

Apareció unos minutos después con dos vasos de agua y galletas. Me tendió un vaso y dejó las galletitas en la mesa ratona.

—Gracias- dije bebiendo.

—De nada.

Apoyé el vaso y tomé una galleta casera de mi abuela. Las amaba... creo que lo mencione antes, en fin.

—Que ricas galletas, la abuela nunca las hace. — dijo Facu mordiendo una.

—Eso es porque las hace especialmente para mí. — dije entre orgullosa y burlona.

—Eso no es justo, te tiene de favorita. — dijo frunciendo el ceño.

Le saqué la lengua y seguí comiendo.

—Respecto a lo de ayer.

— Prefiero no hablarlo. — dijo cortando en seco— Ambos dijimos eh hicimos cosas que no debimos, yo ya te perdoné.

—Está bien, hablemos de otra cosa.

— ¿Hay algún novio? — dijo agarrándome de sorpresa.

—No. — dije confusa— No hay ninguno... ¿Y tú qué me dices?

—Nada de nada. — dejó escapar un suspiro— Nadie se fija en mí.

—Que no se van a fijar en ti, eres un buen partido. - contesté.

—Al tener un hermano mayor, que es más o menos el más popular solo me usan. Tuve solo una novia enserio. — dijo apenado.

—Oh. — dije simplemente.

No iba a decirle que lo entendía, porque no era cierto. A mí muchos chicos me hablaban y se me acercaban para ser sincera, así que no podía entenderlo en absoluto. Tenía amigas muchos más lindas que yo, sí, pero se fijaban en todas por igual, o al menos eso sentía. Quedé un tanto triste por él, seguramente era horrible estar en una situación así.

— ¿Cómo la pasaron ayer? — preguntó mi madre en cuanto regresaron.

—Bien. — respondimos Facu y yo al mismo tiempo.

— ¿Y Gabriel? — preguntó mi tía.

—Está en lo de Agustín. — mintió mi primo

No habíamos tenido noticias de él en todo el día, no es que habíamos buscado mucho, o que lo llamáramos, simplemente decidimos dejarlo.

—Dime Ana, ¿Algún chico? — preguntó mi abuela con cara picara.

—No abuela, ninguno. — mentí.

—Yo no llamaría ninguno a ese chico rubio con el que bailaste. — dijo mi primo.

Enseguida me puse roja tomate. Todos rieron, yo reí incomoda con ellos.

— ¿Y vos hijito?

—Nada ma— dijo mirándome.

Supe que ese NADA era yo. Que la morocha con la que había estado bailando no significó nada para él, solo una chica con la que bailar, y que yo y mi estúpido beso si habían significado algo.

— ¿Y la morocha? — dije sin pensarlo.

—Nada, solo bailamos un rato.

—Pues yo también solo baile con Daniel.

—Yo no sé ni el nombre. — dije riendo.

—Bien, me ganaste. — dije rendida.

Una vez que todos se levantaron y se fueron a sus cuartos Facu y yo nos pusimos a limpiar y ordenar.

— ¿Con que solo bailaron? — preguntó.

—Sí, y me pidió mi número. — giré para verlo a la cara— Solo eso ¿Qué pensaste?

—Nada, déjalo— dijo cortando el contacto visual.

—No, nada no. — dije poniendo mis brazos en taza— Ahora me lo dices.

—Enserio Ana, no interesa. — dijo sin mirarme.

—A mi si me interesa. — dije comenzando a fastidiarme.

—Creí que lo habías besado. — dijo enojado— ¿Contenta?

—Sí, gracias. — dije volteando— ¿Te enojaste porque creíste que lo había

besado? —pregunté curiosa.

—Hey, hola— dijo Gabi entrando a la cocina.

No obtuve respuesta, ese fue el fin de nuestra charla a solas, de nuestro día.

—Mira quien apareció. — dijo Facu— Me debes una, le dije a mamá que estabas en lo de Agustín.

—No te debo nada, porque estaba en su casa realmente. — me miró a mí - Gracias por venir a buscarme eh.— dijo provocándome.

— ¡Me abandonas, te enojas porque supuestamente yo me alejé! y ¡¿Ahora nos recriminas por no buscarte?! — grité furiosa dejando el repasador sobre la mesada.

—Hey, tranquila primita. — dijo el alzando las manos.

—Tranquila nada, idiota. — dije dándome la vuelta y subiendo a mi habitación.

Si, esa actitud fue completamente de niña pequeña pero no podía ni verlo a la cara. Quería pegarle una cachetada. Por abandonarme, por infiel, y un poco por cortar la charla que estábamos teniendo con su hermano. Cerré mi habitación de un portazo, me puse el pijama y me acosté a dormir.

—¿Qué le pasa a esa loca? — preguntó Gabriel riendo

—Primero, no le digas loca ¿Sí? —dijo Facundo tomando aire para no golpear a su hermano en la cara- Segundo, tiene absolutamente toda la razón.

—Sí, me alejé ¿Y qué? Ella ya se sabe cuidar.

—Sí, es cierto, pero confiaba en ti para que lo hicieras. — contestó Facu cerrando un poco los puños— ¿Sabes? Se puso ebria, si no fuese porque yo la encontré hubiese terminado en cualquier lado, mientras tú te besuqueabas con esa rubia. —

— ¿Qué les pasa a todos hoy? ¿Acaso estas celoso porque tú no recibiste ningún beso? — preguntó arrogante Gabriel

—Y te sigues preocupando por tu culo, eres un egoísta Gabriel, y tu novia, yo que ella ya te estaría cortando.

—No tiene por qué enterarse.

—Adiós, no discutiré más contigo. — dijo Facundo subiendo las escaleras.

—Celoso. — alcanzó a escuchar.

Pasó por el cuarto de Ana y tocó la puerta, al ver que nadie respondía la abrió un poco. Ana ya estaba dormida.

Capítulo 6

Facundo

El día de la fiesta ella había ido con unos jeans que la favorecían muchísimo y con una camisa de gaza blanca. Durante nuestra estadía en el boliche la estuve observando todo el tiempo, no quería que pasara un mal momento o que algún degenerado le pusiera las manos encima. Bailamos juntos, ella se movía sensacional, era sexy o divertida y graciosa cuando lo era necesario. Sabía bailar perfectamente, haciendo enloquecer a todos los hombres, incluyéndome a mí. Estaba pasada de copas, pero no llegaba a estar borracha. Verla así me dieron unas increíbles ganas de besarla, realmente lo quería hacer. En un momento, casi decido por completo a cometer el gran error de querer estar con mi prima; la tomé por la cintura.

—Ana, si no fueras mi prima. — dije suspirando y dejando la frase en el aire, tomando un poco de conciencia sobre lo que estaba haciendo.

—¿Si no fuera tu prima qué? — preguntó poniendo los brazos en taza.

Eso me hizo reír. La miré con ternura, recapacitando sobre lo que había pensado momentos atrás.

Me abrazó por el cuello y se acercó peligrosamente a mí, con sus labios a pocos centímetros de los míos. Su aliento olía a alcohol, pero no me importaba.

—Vamos, contesta.

—No, no puedo. — la alejé de mí sutilmente.

Volvió a tomarme por el cuello, pero esta vez hizo que la mirara a los ojos. A sus bellísimos ojos que tanto me podían.

—Quieres besarme. — soltó de sopetón.

Me sorprendió mucho que lo supiera, tuve una reaccione repentina, de la que me arrepentí más tarde.

—Realmente si, y vaya que quisiera, pero eres mi prima. — suspiré—y estas pasada de alcohol, no me gustaría aprovecharme de tu estado.

—No te aprovecharías de nada. — parecía frustrada— Estoy total y completamente consciente.

—¿Cuánto es tres más cuatro? — quería saber si mentía.

—Emm. — titubeó. — ¿Trece?

—Estas peor de lo que creí— la tomé por la barbilla— Quien lo diría, Ana borracha.

—Que no estoy borracha, solo un poco pasada quizá. —se sonrojó.

—Pues hoy no será pequeña— dije depositando un corto beso cerca de sus labios.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque te quiero y te respeto. — besé su frente— Vamos a casa, no creo que ninguno de los chicos pueda llevarnos.

Ana me había besado, ella lo había hecho. Un beso corto y sencillo, pero dulce a la vez. En el mismo instante en que lo hizo supe que realmente me gustaba. Era su forma de hablar, de mirarme, su simpatía diaria y su sonrisa de toda la vida. Vamos, solo había estado cuanto ¿Un día, dos? Con ella y ya me tenía a sus pies. No se creía para nada linda, y eso la hacía más linda todavía. Claro estaba que era mi prima, y no podía pasar nada entre nosotros, sería moralmente muy incorrecto.

A la mañana siguiente tocó mi puerta, yo seguía en la cama, pero la hice pasar.

—Em, hola.

—Buenos días bella durmiente. — dije sentándome con una sonrisa en el rostro.

—Mira quién habla de bellos durmientes. — dijo con la vista en el piso.

Sabía que lo decía por la hora, pero quise jugar un poco.

—Lo sé, soy bello. — contesté fingiendo arrogancia.

—Si, como no. — suspiró y levantó la vista— Venía a disculparme por lo de ayer, esa, no era yo, en realidad sí, pero estaba borracha, o algo así supongo, la cosa es que...

—Te perdono Ana. — la corté en mitad de la frase un tanto herido— No

hay problema.

—Si pudiéramos hacer de cuenta que eso no ocurrió, te lo agradecería. —
pidió.

Reí con amargura. Luego de lo de la noche anterior ¿Pretendía que
olvidara todo?

—Si es lo que quieres.

—Si, por favor.

Más tarde jugamos al póker, yo gané y me burlé de ella en broma, para
fastidiarla un poco.

—Felicidades. — dijo con una sonrisa.

—Gracias, LOSER. — comenté chistoso haciendo una L en mi frente.

—Eres un niño. — rodó los ojos y rio.

—Si es lo que piensas. — sonreí con maldad.

Me lancé al sillón y comencé a hacerle cosquillas en todos lados. Ella
pataleaba y reía, pidiéndome que pare. Eso hacía que intensificara las
cosquillas. En cierto momento decidí darle la ventaja y que ella me hiciera
cosquillas a mí. No paraba de reír y contra atacarla. Los dos terminamos
exhaustos, sudados y con calor. Transpirada y todo, era hermosa. Verla
así me trajo una imagen pervertida a la mente, la cual saqué
inmediatamente de mi cabeza. Me levanté del sillón y busqué agua y
galletas para ambos.

El resto del día siguió naturalmente. Seguía confuso acerca de mis
sentimientos hacía Ana, si hubiera sido por mí, le hubiese dicho lo que
estaba sintiendo sin vueltas, pero mi corazón decía algo y me mente decía
otra cosa. Lo de la noche pasada seguro había sido un efecto del alcohol,
ella no me quería ni veía de esa forma, tenía que dejar de hacerme
ilusiones.

—¿Qué color compramos? — pregunté a Ana mientras entrabamos a la

pinturera del pueblo.

—Yo creo que rojo o azul. — se giró hacia mí esperando una respuesta.

—El rojo ya es muy común, que sea algo original— dije— ¿Por qué azul?
— pregunté curioso.

—Se me hace un color divertido— suspiró— Créeme loca pero deberás
siento que el azul es sinónimo de diversión.

—Entonces que azul sea. — dije dedicándole una sonrisa.

—¿En serio? — me abrazó— Gracias.

—De nada.

Compramos tres botes de 1 litro de pintura azul neutro, cuatro pinceles y dos guardapolvos y volvimos al campo. Una vez que terminamos de almorzar fuimos cada uno a nuestro cuarto a prepararnos. Hacía calor, así que me puse una bermuda y una musculosa, y encima me calcé el guardapolvo. Fui a buscar a Ana a su habitación. Toqué su puerta.

—Ya salgo. — contestó del otro lado.

Salió terminando de atarse el pelo en un rodete. Solo se veían sus piernas, ya que tenía el guardapolvo encima. Se lucía ridícula con eso, y probablemente yo igual. No pude evitar dirigir mi vista a sus largas piernas bronceadas.

—Lindas piernas ¿Ya te lo han dicho?

—Ya, vamos a pintar. — dijo golpeando mi hombro de manera suave.

Comenzamos a pintar a eso de las dos de la tarde. Estábamos escuchando música de mi celular con su mini parlante. Disfrutábamos en silencio la compañía el uno del otro. De repente un comentario asaltó mi mente.

—Este verano está siendo realmente azul.

—¿Qué? — preguntó ella un tanto confundida.

—Tú dijiste que para ti Azul es sinónimo de divertido, así que este verano está siendo azul.

—Ya caché. — sonrió— Tienes razón, muy Azul.

Más tarde comenzó a sonar la canción Amor de Verano. Ana se puso a

cantarla a todo pulmón, yo me reí de ella.

—No seas así, canta conmigo. — cerró los ojos— Achuuuuuuuu un amor de verano, si solo eso fue achuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu un amor en vano. —

—Ya no me sigas no lo quiero intentar, ya tus palabras no me sirven más, mi nombre es Billy y ya no quiero saber, de tus romances lo tienes que entender. —

—Y de repente todo se derrumbó, Mili buscaba solo un poco de acción, ya no la amaba.....

—Si solo eso fue achuuuuuuuu un amor de veranoooooo— terminamos de cantar juntos.

—Creo que ya casi acabamos. — dije contentó al ver el lado derecho ya completamente pintado.

—Si con acabar te refieres a un lado, si, lo hicimos.

—Es un avance, mañana podemos seguir.

—Sí, estoy bastante cansada. — dijo dejando el pincel dentro del tarro de pintura.

Le manché la cara con un poco de pintura azul. Abrió la boca y se quejó.

—¡Hey que haces! — dijo levantándose.

—Te pinto, ¿Qué no es obvio? — dije sonriendo burlescamente.

—Ven aquí primito. — dijo tomando la brocha.

Comencé a correr al rededor del granero, ella no me alcanzaba. Era el más veloz de mi clase, llevaba años corriendo y había mejorado muchísimo.

—No me alcanzaras hoyuelos. — dije riendo.

Di una vuelta completa sin ella a mis espaldas, sorprendido me quedé parado en la puerta del granero.

—Sorpresa. — dijo llenándome la cara de pintura.

—Esa no me la vi venir. — dije quitándome un poco de pintura de la cara.

Ambos reímos. Guardamos las cosas y nos dirigimos dentro a cenar, estaban todos en el living, esperando a que la abuela terminara la comida.

La cena transcurrió tranquila, hablamos de todo un poco.

Una vez que terminamos acompañé a Ana a su habitación. Se frenó en la puerta, y se puso de puntitas para darme un beso en la frente. Sonreí y le devolví el gesto.

—Descansa. — dije apoyándome sobre el marco de la puerta.

—Tu igual. — dijo quieta en su lugar.

Me tomó de improviso y me plantó un beso en los labios. Me aseguré de que no hubiese nadie husmeando y le correspondí durante los primeros segundos. Me separé y la miré.

—Ana, esto no se puede, no está bien. — dije alejándome un poco.

—Lo sé, es que— suspiró. —Simplemente no puedo. Prometo que se me pasara ¿Sí? Dame un par de días y no volverá a ocurrir.

—Eso espero—mentí— Mañana si quieres lo hablamos.

—Sí, me gustaría, estoy muy confundida— me miró a los ojos—También cansada, así que me iré a dormir. Hasta mañana. — cerró la puerta sin más.

Me dirigí a mi cuarto, me puse la remera de pijama y me quedé tendido sobre la cama pensando. Al rato llegó Gabriel y se acostó también.

—Disculpa como te trate el otro día. — dijo de improviso.

—Está bien, yo tampoco fui muy amable. — contesté concentrado en mis pensamientos.

—Sí, pero tenías razón, prometí cuidarla y no lo hice. Gracias.

—No hay de que, no fue una molestia. — contesté girándome y cerrando los ojos.

—¿Hay algo entre ustedes dos que yo no sepa? — interrogó.

Capítulo 7

Me levanté y fui derecho a ducharme. La charla pendiente con mi primo me tenía ansiosa. Realmente mi mente se encontraba muy confundida, sabía que todo eso estaba mal, pero estar a su lado se sentía bien. Además, no era como si nos fuésemos a casar o algo parecido, pero de todos modos la idea de estar faltando altamente a la moral no me dejaba en paz. Una vez que salí me vestí con un short de jean y una camiseta simple blanca. Me peiné y dejé mi pelo suelto, poniendo una goma de pelo en mi muñeca por si acaso. Bajé y desayunamos todos juntos en familia.

Agustín vino a almorzar y trajo un cheesecake de postre. Luego del almuerzo fuimos con mis primos hasta el living, a esperar que nos bajara la comida.

—Hay que terminar de pintar el granero. — comenté a nadie en particular.

—Podemos ayudar. — se ofreció Agustín.

—Genial, terminaremos más rápido. — dije levantándome del sillón con entusiasmo. — Los espero fuera.

Subí a mi habitación, me puse el tapado plástico que había comprado junto con Facundo y me dispuse a bajar. Avisé a mi madre que estaría fuera y llevé el bote que había dejado sin terminar.

Al llegar al granero me encontré con Facundo esperándome con los brazos cruzados. Recordé que habíamos dicho de hablar así que supuse que por eso se había apurado en bajar.

—Querías que habláramos. — dijo en cuanto yo deposité el bote en el suelo.

—Sí. — contesté con la cabeza gacha.

—Lo único que tengo para decirte es que no me molestaron en absoluto los besos que nos dimos.

—A mí tampoco. — respondí tímida. — Pero no creo que sea lo correcto.

—Solo piénsalo ¿Sí? — suspiró y se paró para ir a tomar su pincel.

—De acuerdo, gracias. — dije tomando el mío.

Comenzamos a pintar en silencio, cada uno concentrado en lo suyo. A los pocos minutos aparecieron Gabi y Agus, que enseguida se pusieron a

pintar. Luego de un rato de silencio Gabriel lo rompió:

—Esto parece un velorio joder ¿Ninguno tiene música?

—Yo. — respondí. — Iré por el mini parlante.

Dejé la brocha en el pote de pintura y corrí hacia la casa. Subí las escaleras, tomé mi celular, el parlantito y bajé. Una vez fuera lo apoyé en una pequeña mesa y lo encendí, dándole play a la lista de reproducción 1. Comenzó sonando Te conozco, de Ricardo Arjona.

—Cambia eso, es una mariconada. —se quejó Agustín.

—Calla y pinta. — le contesté haciéndome la seria.

Fui solidaria y cambié la canción por la siguiente. Tango del Pecado, de calle 13, comenzó a sonar, haciendo que todos comenzáramos a cantar y bailar de algún modo extraño.

—Ahora está mejor. — dijo Gabriel.

—Conuerdo. — lo apoyó Agus.

Pasamos unas dos horas allí y lo terminamos de pintar por fuera. Una vez que acabamos nos dimos un descanso y entramos a merendar. Había galletas y licuado de frambuesa, que había preparado mi abuela. Nos sentamos los cuatro en el comedor y atacamos.

—Estas galletitas están deliciosas. —dijo Agustín a mi abuela.

—Gracias querido. — respondió ella orgullosa.

A ella le gustaba cocinar, lo hacía con amor, y adoraba que halagaran sus comidas. Mi abuela terminó de ordenar las cosas de la cocina y se retiró, no sin antes preguntar cómo íbamos con el granero. Todos contestamos que fantástico.

—Saben, estoy con ganas de fiesta. — dijo Agustín. — Pero el boliche no abre hasta dentro de tres días.

—Podrías montar una fiesta en lo de tu tía. — dije yo levantando los hombros.

—No es mala idea, pero ellos se duermen muy temprano y jamás me

dejarían.

—¿Y si la hacemos en el granero? — dijo Gabriel con una sonrisa en el rostro.

—Eso sería genial. — comenté entusiasmada.

—Tenemos que ver si la abuela nos deja. — dijo Facundo.

—Primero tenemos que terminar de acomodarlo, genios. — dije lo ultimo medio en tono burlón.

—¿Qué hacemos aquí holgazaneando? En marcha.

Todos se levantaron y se fueron, dejando la mesa hecha un chiquero.

—Limpio y los alcanzo. — grité.

Lavé todos los vasos y el plato de galletas, dejando las que quedaban en una canastita de mimbre. Me sequé las manos con el repasador y guardé todo. Pensé en mi madre y le preparé un café, el cual subí a su habitación junto con un par de galletas. Ella me lo agradeció y volví hacia el granero, para terminar de pintar y acomodarlo su interior.

Entré y todos estaban pintando, sin percatarse del desastre que era todo lo demás. Había que rastrillar un poco, había paja por todos lados y dos grandes fardos en medio.

—Hey, muchachotes. — dije atrayendo su atención. — Esto es una mugre. Ustedes sigan pintando que yo rastrillaré, luego me ayudan a mover los fardos ¿Sí?

Los tres asintieron con la cabeza y continuaron pintando. Yo fui por el rastrillo y comencé a rastrillar, sector por sector. Un rato más tarde movimos los fardos a una punta, dejándolos uno del lado derecho y otro del lado izquierdo.

—Ojalá nos dejen. — dijo Gabriel.

—Yo tengo fe. — contesté con una sonrisa.

La verdad era que idea de hacer una fiesta me entusiasmaba por varias razones. En primer lugar, me apetecía mucho bailar, nunca me negaba a mover el esqueleto un rato y menos si la música me agradaba por demás. Por otra parte, tenía entendido que el dj del boliche era el único que había en los alrededores, por lo que si montábamos una fiesta enserio tendría la oportunidad de conocerlo un poco mejor. También me apetecía volver a

ver a Daniel, sobre todo porque quería sacarme la estúpida y moralmente incorrecta idea de estar gustándome mi primo.

Capítulo 8

—¿Podemos abu, por favor? — preguntó Gabi por tercera vez.

—Ya les dije, consulten con su abuelo, el granero es más de él que mío— finalizó mi abuela.

—Está bien, iremos a preguntarle. — bufé sin ser grosera.

Los tres fuimos hacia la pileta, donde se encontraba mi abuelo. Me senté en el borde y dejé que mis pies colgaran.

—Hola Abue. — dijo Facu sentándose a su lado.

—Hola niños. — saludo él.

—Queríamos saber si nos dejás festejar una fiesta en el Granero. — dijo Gabriel de sopetón.

—¿Tú estás de acuerdo, Ana? — preguntó dirigiéndome la mirada.

Mi abuelo tenía un favoritismo hacía mí, era su única nieta mujer.

—Si abuelo, sería divertido. — contesté mojado la punta de mis dedos del pie.

—Entonces sí, pero deben prometer que para mañana por la tarde todo estará como hoy, nada de cosas tiradas por el suelo ni en el granero ¿Entendido? — nos preguntó.

—Sí abuelo, gracias. — me levanté y lo abracé.

—No hay de qué. —dijo sonriendo.

—Ya está todo acomodado. — dije sentándome en los fardos.

—Tenemos que ir por la comida. —dijo Facu.

—Ya, déjame 5 minutos. — pedí.

—Yo voy a buscar a Agus y a ayudarlo a traer los parlantes y esas cosas, nos vemos en un rato. — se despidió Gabi.

—Nos vemos. — respondí.

—¿Vamos? — preguntó Facu tendiéndome su mano.

—Sí, Vamos. — contesté

Una hora más tarde estábamos en la casa, buscando potes y demás para llevar al granero. Llevamos unos cuantos potes con papas, chisitos, doritos, 3d y queso. Terminamos de acomodar las cosas y aparecieron Agustín y Gabriel con un parlante de casi 1,50 mts.

—¿Nos ayudas? — preguntaron a Facu.

—Sí, ya voy. — contestó aproximándose a ellos.

—Yo me iré a duchar y cambiar chicos. — dije levantándome del fardo.

—Está bien, ve. — dijeron mis primos.

—¿Cómo cuanta gente será? — pregunté antes de salir.

—Cuarenta o cincuenta personas. — contestó Agus despreocupado.

—Oh, está bien. — me di la vuelta y me fui para la casa.

A eso de las 6:30 ya estaba secándome el pelo. Busqué el mismo jean que había llevado al boliche y me lo puse, arriba me puse una musculosa de terciopelo roja, que aún no había estrenado. Me puse un poco de brillo en los labios, me deliñé la mitad del ojo y me puse rímel, nada muy extravagante. Tomé mi celular y tenía 1 mensaje de Daniel, había olvidado por completo escribirle en los días anteriores.

< Haces algo esta noche? Daniel >

Respondí:

< Hay fiesta en el granero, suena patético, pero si quieres venir puedes >

Minutos más tarde recibí su respuesta:

< Allí estaré entonces, nos vemos en un rato linda >

Me paré frente al espejo de cuerpo completo y me observé, me veía bien, pero me faltaba algo. Fui hacia el joyero rosa y lo abrí. Unos aros en forma de disco llamaron mi atención, los tomé y me los puse. Era eso,

necesitaba algún accesorio. Alguien tocó la puerta.

—Pase. — dije sentándome en la cama.

Mi mamá entró y cerró la puerta tras sí, me observo en silencio y se sentó a mi lado.

—Estas muy linda hija. — dijo sonriendo— ¿Para quién te preparaste? — agregó levantando una ceja.

—¡Mamá! No me arreglé para nadie. — dije riendo.

De golpe se puso seria.

—Tenemos que hablar de algo Ana. — dijo mirándome.

—¿Paso algo malo? ¿Papá está bien? —pregunté imaginando millones de trágicas posibilidades.

—No, nada de eso, tu padre esta de maravillas.

—Gracias a dios. — la interrumpí suspirando.

—Te he visto muy cercana a tu primo Facundo.

—No es lo que piensas mamá. — dije antes de que pudiera continuar.

—Eres adolescente, él es lindo y es normal que estés enamorada de él.

—¡Hay!— exclamó Gabi irrumpiendo en la habitación— Lo siento—dijo al notar que estaba interrumpiendo algo.

—No pasa nada. — dijo mi madre levantándose— Esto no queda acá pequeña. — salió de la habitación.

—Lo siento. —dijo poniendo una mano en el bolsillo de su pantalón y pasándose la otra mano por el pelo de una forma que me derritió un poco.

—No te preocupes, no era nada importante. — dije levantándome de la cama—Vas muy guapo, por cierto.

—Tu estas hermosa. — comentó provocando que me ruborizara.

—Gracias. — dije tímida.

Bajamos las escaleras en silencio y nos dirigamos al granero. Cuando llegué ya había unas 20 personas dentro. Estaba la rubizorra que había

pasado el rato con Gabriel con un par de amigas más. Pude ver al dj, el que me había parecido lindo. Había unos cuantos chicos con cervezas y tragos raros en la mano. Pude ver que habían improvisado una barra sobre una tabla con caballetes.

Miré a mi costado y Facu estaba mirando hacía un punto. Lo seguí con la mirada y vi a la morena, sonreí al recordar lo que dijo en la mesa.

—No es nadie, no sé ni su nombre. — dije imitando su voz cuando llegué a su lado.

—Era cierto, Agustín la quiso invitar, se llama Samanta. — dijo mirándome a mí.

-Lindo nombre. — dije volteando.

—Hey, no estés celosa. — dijo tomando mi mano.

—No lo estoy, que va, eres mi primo. — mentí.

—Eso no cambia mis sentimientos. — dijo sonando muy sincero.

En ese momento alguien me tapó los ojos y ya no sentí la mano de Facu. No sabía quién era, así que tanteé hacia atrás e intenté adivinar. Golpeé sin querer su nariz.

—Auch, esa es mi nariz. — dijo Daniel. Reconocí su voz enseguida.

—Ya Dani, suéltame por favor. — pedí entre risas.

—¿Cómo estas preciosa? — dijo depositando un beso en mi mejilla.

—Bien, gracias. — respondí

—Esto sonaba más aburrido, debo admitir que han hecho un gran trabajo.
— dijo observando el granero detenidamente.

—Tardamos pero quedo. — dije con una sonrisa en el rostro.

La noche pasó bastante rápido, bailé con casi todos los chicos que había. Varios me pidieron y me pasaron número de teléfono. Terminamos siendo más de 50 personas dentro del granero. Dos chicas se pusieron algo ebrias pero el alcohol no dio más consecuencias. En cierto momento me enganché a bailar con Samanta, no sé como, pero acabamos subidas a la mesa, cantando a toda voz la canción AMOR DE VERANO. Varios se reían y otros acompañaban desde el piso. Fue realmente muy divertido. Una vez que bajé me puse a bailar con Martín, el dj que tan lindo me parecía. Me invitó un daiquiri y lo acepté, era de durazno. Mantuvimos charla durante

un rato.

—Eres hermosa ¿Sabes?— dijo corriendo un mechón de mi pelo.

—Gracias.— contesté muy ruborizada.

Sin previo aviso me tomó por la barbilla y me besó. Yo le correspondí, quizás era apresurado por qué no lo conocía muy bien, pero no me importaba. El beso era cada vez más rápido. Debo aceptar que besaba increíble. Me quedé sin aire y me aparté, bajé la mirada incomoda.

—Yo, lo siento, pero no debería. — dije alejándome de él.

Me senté en los fardos y me mantuve allí durante un rato, tenía un nudo en la garganta. El beso había sido fantástico, pero seguía sintiéndome culpable. Divagaba la vista por varios lados, hasta que una imagen captó mi atención. Eran Daniel y Martín discutiendo, no había gente al rededor ni estaban agarrándose a las piñas o algo por el estilo, pero Daniel estaba muy tensionado. Me acerqué sin que me vieran y traté de oír un poco de la conversación, fingiendo que bailaba.

—No deberías, es mi chica, ya te lo he dicho. La próxima vez te las veras con mi puño — dijo un acalorado Daniel.

—Sí, lo siento, no volverá a ocurrir Daniel. — dijo y se largó de allí.

Corrí con una mezcla de emociones en el estómago hasta llegar a la casa. Quién se creía para tratar al chico así, ¿Mi dueño? Tonto. Ya eran las 3, estaban todos durmiendo, así que decidí quedarme en la entrada. Me senté en el escalón y miré el cielo, se veían muchas estrellas. Sentí que alguien se acercaba, entorné los ojos y con la escasa luz pude ver que era Facu.

—¿Te encuentras bien? — preguntó sentándose a mi lado.

—Sí, gracias, vuelve a la fiesta. —dije sin prestarle atención.

—¿Me estas echando? — preguntó un tanto dolido.

—No claro que no. — lo miré- Quédate. — le pedí.

—Está bien. — dijo pasando su brazo protector por mi cintura.

Era tan reconfortante estar allí con él. Me acurruqué en su hombro.

—Mira, una estrella fugaz. — dijo señalando un punto en el cielo.

Levanté la vista y pedí mi deseo.

Capítulo 9

Me levanté con un fuertísimo dolor de cabeza, otra vez. Era bastante menor que la vez anterior, pero aun así dolía. Me puse unas ojotas y corrí la cortina, afuera estaba algo nublado. No me había gustado nada la situación de la noche anterior, no pensaba hablar más con Daniel y mucho menos volverle a ver. Facu me había estado haciendo compañía hasta que decidí entrar, y en ese rato que compartimos de charla bajo las estrellas me di por vencida conmigo misma y acepté los sentimientos que tenía hacia él. Bajé y me encontré con un Gabriel dormido en el sofá y con un Facundo tomando agua en la cocina. Estaba en bóxer solamente. Apenas entré se dio vuelta.

—Buenos días hoyuelos. — dijo sonriente.

—Buen día Facu. — contesté tomando asiento.

—¿Quieres algo para desayunar? Hice waffles. — preguntó observándome de arriba abajo- Bonita pijama, te sienta bien.

Me sonrojé al instante, llevaba una de mis camisetas grandes y un bóxer azul con tréboles.

—Gracia supongo. Bueno, acepto uno. — dije poniendo mi mejor sonrisa.

—No seas modesta Ana.

Me ruboricé más, si eso era posible.

—¿Dulce de leche, crema, dulce de frambuesa? — preguntó.

—Dulce de leche y crema, porfas. — contesté.

—A la orden. — dijo preparando mi waffle.

Se sentó poniendo frente a mí un waffle con dulce de leche y crema y un vaso de jugo de naranja. Me observó durante unos segundos y comentó:

—Eres tan linda, inclusive comiendo cosas chanchas. — dijo mientras yo ya estaba masticando.

—Gracias. Esto no es una cosa chancha. — me quejé.

—Es eso o que comes como chanchito, tú decides.

—¡Hey! — exclamé lanzándole una servilleta—Es una cosa chancha.

Ambos reímos. Noté que cuando se reía se lo formaba un hoyuelo del lado derecho de la cara, le quedaba genial.

—Ve a ponerte algo de ropa. — comenté divertida.

—¿Esto te distrae? — preguntó parándose y girando.

—Veamos. — dije acercándome a él de forma provocativa.

Pasé mis manos desde sus hombros hasta sus muñecas y noté como se tensionaba. Luego, solo para divertirme un poco dejé mis manos en su abdomen.

—Digamos que sí.

—No vuelva a hacerme eso. — amenazó en tono divertido.

—¿Si no qué? — le desafié.

—Esto.

Se aproximó a mí y me besó en los labios, tomándome por la cintura. Lo tomé por el cuello y me acerqué más a él, siguiendo con el beso. El abrió su boca y yo lo imité, dejando paso a su lengua. Era un beso perfecto, realmente perfecto. Estuvimos así durante algunos minutos hasta quedarnos prácticamente sin aire. Me separé de sus labios sin alejar mucho nuestros rostros.

—Lo siento, yo no debería, es que...— comenzó.

—No lo lamentes, me encanto. — dije jugando con la parte de atrás de su pelo.

—A mi igual. Tú me encantas. — dijo muy tiernamente acariciando mi rostro.

Un ruido proveniente del living hizo que nos separáramos de golpe.

—Enserio, ve y ponte algo. Haces que quiera estar cerca de ti cada minuto. Y no creo que a la familia le guste eso.

—Solo porque tú lo dices Ana.

Agarré mi plato y mi vaso y me puse a lavarlos en la bacha. Entró Gabi

bostezando y se sentó en la mesa.

—Buenos días dormilón ¿Cómo quedó el Granero? — pregunté secando mis cosas.

—Creería que bien, hay que ir a verlo.

—De acuerdo.

Pasamos gran parte de la tarde dejando el granero como nuevo. No lo habían destrozado, pero era un mar de vasos, botellas, papel, y millón de cosas más. Los chicos ayudaron a Agustín a llevar el parlante a lo de su tía nuevamente.

Una vez dentro ya eran las 5 de la tarde. Merendamos una torta que había preparado mi madre, de vainilla con chips de chocolate. El resto del día paso normal. Mi madre me pidió que la ayudara a cocinar y lo hice sin pensarlo dos veces.

—Creo que la charla del otro día quedó sin finalizar. — dijo mi madre mientras metía el pastel de carne en el horno.

—Si. — contesté algo nerviosa.

—Siéntate, creo que es importante que lo sepas. — dijo ella sentándose.

—De acuerdo. — dije tomando asiento.

—Es sobre tus primos y vos. — comenzó.

—No hay nada más que amistad madre. — mentí evitando por completo tu mirada.

—Sé que no es así hija, he visto cómo se miran tú y Facu, hay algo más que amistad ahí. — suspiró—No me molesta, en absoluto.

No sabía que responder, mi madre siempre se daba cuenta de ese tipo de cosas, me conocía demasiado bien. Éramos algo así como mejores amigas, le contaba todo y le pedía consejos. Supo reconocer de entrada que le estaba mintiendo, y tampoco era consciente de cómo nos mirábamos mi primo y yo, así que no podía discutirle en eso.

—Tu tío es adoptado. — soltó de sopetón. — De hecho, él es hijo de una de las hermanas de la abuela que falleció muy joven. Ella decidió quedarse con tu tío para criarlo.

—¿Qué? — pensé que había oído mal, estaba perpleja.

—Te pido que delante de tus abuelos no se muestren cariñosos, les harían pasar un muy mal rato. Ya sabes, son muy chapados a la antigua. Haz lo que te haga feliz, pero por favor piensa en quienes compartimos a tu alrededor y trata de ser discreta.

—Esto, es que es tan difícil entender lo que siento. — dije un tanto angustiada.

—Ya se te aclaran las cosas. — dijo retirándose de la cocina.

Eso me había caído como un golpe en el medio del estómago, estaba muy confundida al respecto. Yo le quería, sí, quería estar con él, pero ahora que sabía que no era mi primo de sangre era muy distinto, éramos libres de estar juntos. Y sin embargo el peso de la moralidad me seguía haciendo sentir muy mal al respecto.

Con Gabi y Facu nos quedamos luego de la cena a ver una película. Nos sentamos todos en el sofá, yo estaba en medio.

—Hey, ¿Puede venir Agus? — preguntó Gabi.

—Sí, por mi sí. — contesté algo indiferente.

—Sí, no hay problema. — dijo Facu levantándose del sofá.

—¿Qué haces? — le pregunté pensando que quizás se había enojado.

—Voy a preparar palomitas. — dijo tendiéndome la mano— Acompáñame.

—De acuerdo, avísanos cuando este Agus. — dije tomando la mano de mi primo.

Nos dirigimos a la cocina y él puso las palomitas en el microondas luego se apoyó sobre la mesada cruzándose de brazos. Me senté a su lado y lo miré.

—Eres hermosa Ana. — comentó acariciando mi cachete.

No me resistí y lo besé, amaba sus besos. Nos separamos luego de unos segundos y nos miramos a los ojos, sonriendo los dos. Recordé lo que me había dicho mi madre esa misma tarde.

—Tengo algo que decirte. — dije tomando valor.

—Te escucho linda. — dijo poniendo toda su atención en mí.

Antes de que pudiera decir nada las palomitas comenzaron a saltar en el microondas.

—¡Frénalo! — exclamé saltando de la mesada.

Lo apagó en un abrir y cerrar de ojos y lo abrió, más de la mitad de las palomitas estaban fuera de la bolsa.

—Hum, no voy a hacer más palomitas cuando este contigo. — dijo Facu riéndose mientras rascaba su nuca.

—Fue tu culpa, no la mía.

—Tú me distrajiste. — dijo buscando un bol donde poner las palomitas.

—Eso es una mala excusa.

—Es cierto. — dijo mientras echaba azúcar.

Le di un corto beso en los labios y lo tomé de la mano. Agarró el bol y nos dirigimos al living. Agus ya estaba en el sillón riendo junto con Gabriel.

—Gracias por avisar eh. — dije medio en broma medio en serio.

—Lo siento. — dijo Gabi apenado.

Vi que no cabíamos los cuatro en el sillón grande y me senté en el pequeño. Facu se dio cuenta y se ofreció a tenerme encima suyo, le agradecí y le dije que no.

Al rato de que empezara la película Facu se acercó y se sentó debajo de mí en el piso. Me levanté y con señas le dije que se sentara, que yo me ponía encima. Me puse en él apoya brazos y estiré mis piernas sobre su regazo. Él me tomó de la mano y me la beso.

Una vez acabada la película yo subí a mi habitación y me di una ducha. Cuando me estaba poniendo el pijama escuché que alguien tocaba la puerta. Me puse la camiseta rápido y fui a abrir.

-Buenas noches bonita- dijo Facu besándome.

Lo agarré del cuello y lo metí en mi habitación, siguiendo el beso. Él me tomó por la cintura y me pego a la puerta. Se separó unos centímetros y

me miró a los ojos.

—No debemos Ana.

—Al diablo con lo que se deba o no. — contesté.

—Mañana hablaremos sobre esto, estoy enloqueciendo. — dijo depositando un corto beso en mis labios.

Capítulo 10

Facundo

Me fui a duchar luego de saludar a Ana. Estaba en mis pensamientos desde el día en que había llegado a lo de mis abuelos. La quería, demasiado, y realmente me gustaba, era algo así como perfectamente imperfecta, bah en fin, la chica que idealizaba siempre que pensaba en volver a estar de novio. Hasta donde yo tenía entendido ella no sabía que no éramos primos de sangre, y no pensaba mencionárselo tampoco. No por egoísta, sino porque me gustaba esa relación que teníamos, aún que ya dudaba sobre mi decisión respecto a esa verdad, porque quizás hacérselo saber haría que todo fuese más distendido y claro. Mi padre realmente no hermano de su madre, eran primos. Pero mi abuela había decidido adoptarlo cuando era pequeño, luego de que su verdadera madre falleciera.

A la mañana siguiente me levanté más temprano de lo habitual, quería sorprenderla con el desayuno en la cama. Sabía que amaba las galletas de mi abuela, así que la noche anterior le había pedido la receta. Me puse unos jeans y bajé en silencio, para no despertar a nadie.

Una vez en la cocina busqué el libro de cocina y los ingredientes. Seguí todos los pasos, repasando no equivocarme y metí las galletitas en el horno. Mientras esperaba preparé un licuado de banana, el cual me encantaba, y lo serví en dos vasos, dejando el resto en una jarra.

Preparé las cosas sobre una bandeja y subí a su cuarto. Todos seguían durmiendo en sus respectivas habitaciones. Haciendo malabares y con un solo codo abrí la puerta de la habitación de Ana. Dormía con una pierna fuera y abrazada a un peluche que le había comprado mi abuela de pequeña. Su imagen durmiendo me causo muchísima ternura, tanto que solté, sin querer, un AWWW.

Me senté en un lado de la cama y con suma delicadeza apoyé las cosas, junto a su libro, sobre la mesita de luz. Tenía el pelo enmarañado y la pintura de ojos corrida bajo el parpado. Me acerqué despacio y le dije al oído:

—Buenos días...— levantó la cabeza y no me dejó terminar. —Aiiiiii. — me quejé frotando mi nariz recién golpeada.

—Perdón, me asustaste mucho. — dijo ella disculpándose y tocándome la nariz—¿Estas bien?

—Sí, creo que sí— contesté— No fue mi intención asustarte.

—No pasa nada.— dijo sonriendo.

Seguía bajo la colcha, pero ya imaginaba que estaría en bóxer, porque la remera grande siempre la usaba junto con eso. Se refregó un poco los ojos y miró el despertador. Le deposité un corto beso en los labios y me giré a buscar la bandeja.

—El desayuno en la cama madame.— dije con tono aristocrático.

—Eres un amooooooooooooooooooooor— dijo abrazándome.

Dejé las cosas y le devolví el abrazo.

—Gracias, enserio. —dijo en cuanto nos separamos. — Quiero despertarme así todos los días.

—No es nada. — dije tomando una galleta— prueba.

—Veamos que tal Chef. — la mordió— Están riquísimas. —contestó tapándose con la mano la boca.

—Me alegro- dije sonriendo.

Desayunamos en su cuarto y estuvimos hablando y alternando uno que otro beso hasta que se acabaron las galletas. Luego de eso bajé y lavé las cosas mientras ella se cambiaba en su habitación.

Entré a la cocina y vi a mi papá, tomando licuado de banana.

—Buen día. — saludé.

—Buenos días hijo. — se giró a verme— Rico licuado.

—Gracias. — dije haciendo un gesto con los hombros.

—¿Qué te parece si hoy hacemos salida de hombres? — dijo poniéndose a mi lado.

—Sí, claro, me encantaría. — dije sin dejar de lavar el plato.

—Fabuloso, en cuanto tu hermano se despierte salimos. — dijo sonriendo.

—De acuerdo, te toca preparar los sándwiches. — dije subiendo las

escaleras.

—Que vivo, le dejas el trabajo duro a tu padre. — dijo desde la cocina.

Una vez en nuestra habitación desperté a mi hermano, avisándole que iríamos a pasar el día con nuestro papá. Me puse un jogging, una remera y las zapatillas, preparé mi mochila y fui a ver a Ana.

—Permiso— dije tocando la puerta.

—Pasa.

Estaba guardando su libro, todavía en pijama.

—Cómo te cambiaste. — dije riendo

—Es más cómodo así. — contestó girándose hacia mí.

—Si tú dices. No me quejo de la vista. — dije besándola en los labios.

—Yo digo. — dijo sonriendo.

—Pasare el día con mi padre. — dije sentándome en su cama— Iremos a hacer Cosas de Hombres— finalicé poniendo voz firme y gruesa.

—¿Y entonces por qué vas? — preguntó divertida.

—Eso es malvado, yo soy un hombre. — levanté una ceja— A no ser que te gusté una chica— dije poniendo boca de pato.

Me golpeó el hombro y se rió.

—Primero, no, no me gusta una chica. Y segundo, las chicas no hacemos esto. — dijo poniendo la boca en pato.

—Tu no, porque eres un nene. — dije contraatacando.

—¡Hey! — exclamó tirándome.

—Que agresiva. — me froté el hombro fingiendo dolor.

—Eres un tonto. — dijo riendo.

—No más que tú. —besé su nariz.

—Te quiero. — dijo.

—Yo también.

El beso se cortó cuando mi hermano irrumpió en la habitación con un carraspeo.

—Disculpen enamorados, ya es hora de irnos. — dijo mirándome.

—Ya bajo. — le hice un gesto para que se fuera.

—De acuerdo. — contestó.

Me giré nuevamente hacia Ana y la besé.

—No me extrañes. — dije levantándome.

—Tú me extrañarás más. — dijo parándose.

—Seguro, pero vale decirlo. — dije saliendo de la habitación.

Ana

Una vez que Facu se fue me di una ducha y acomodé mi habitación. Almorcé con mis abuelos, mi mamá y mi tía. A eso de las dos de la tarde, mientras jugaba con mi abuelo al póker tocaron la puerta y abrí.

—Hola. — dijo Agus con una sonrisa de lado.

—Hola, pasa. — dije haciéndome a un lado

—En realidad solo quería saber si estaban los chicos. — dijo parado en el umbral.

—No están, se fueron a su “Día de Hombres”— dije haciendo comillas en el aire.

—Gracias— dijo volteándose —Adiós.

—Adiós. — contesté cerrando.

Ni bien me senté en el sillón volvieron a tocar. Volví a abrir yo.

—Dime. — dije viéndolo ahí nuevamente.

—Quería saber si te gustaría acompañarme al pueblo, iré al salón de videojuegos.

—Sí claro, me encantaría— contesté—En 10 minutos en tu casa.

—Genial.

Subí a mi cuarto y me cambié. Me puse un jean simple y una camisa beige. Me hice una trenza cocida y me puse algo de rímel. Mi tarde no se prestaba para mucho más que leer o nadar un rato en la pileta, por lo que ir a jugar videojuegos me pareció una idea entretenida.

Entramos al local y quedé bastante sorprendida.

—No puedo creer que estas cosas todavía existan. — dije mirando a mi alrededor.

Había unas 10 máquinas, de las viejas, una mesa de tejo y cuatro juegos de auto. Fuimos hasta el mostrador y pedimos 15 fichas cada uno, entregándole 5 pesos a la chica que atendía.

—¿Cuál vas a jugar primero? — preguntó Agus.

—Al pac-man y luego al Mario— contesté— ¿Tú?

—Buena elección, lo mismo.

—Seguro te gano. — dije por molestar.

—El que gana le debe un favor, el que sea al otro— Puso su mano frente a mí—¿Aceptas?

—Obvio que sí. — dije estrechando su mano sin dudarlo.

Mi espíritu competitivo era algo que debía cambiar, nunca negaba un reto o un desafío. Y a veces me tocaba pasar un mal rato por perder y recibir una prenda. Pasamos jugando ahí dentro unas dos horas. Jugué al Pac-Man, al Mario, a uno de matar que nunca recordé el nombre, al Tetris y al de los tanques que destruyen. Anotamos nuestros puntajes en un cada juego en un papel para luego compararlos y ver quien ganaba.

—¿Vamos a Mimis? — preguntó una vez que salimos.

—Sí, vamos. — contesté.

Una vez en la heladería pedimos un cuarto cada uno, y él no me dejó pagar. Pedí banana Split, doble frutos del bosque y crema del cielo. Escogimos una mesa y nos sentamos. Me lo había pasado super bien jugando videojuegos, Agus era un chico agradable para pasar el rato, y me alegraba poder ser su amiga. Luego de la noche del boliche no habíamos vuelto a tener inconvenientes ni se había vuelto a insinuar.

—Gracias por el helado. — dije sonriendo.

—De nada— tomó un poco de helado—Nunca vi a una chica jugar como lo hiciste tú.

—Qué te puedo decir, me gustan los videojuegos. — admití.

—Te declaro oficialmente la chica de mis sueños Ana.

Me quedé helada ¿Había escuchado bien? Maldije para mis adentros por haber sido tan ingenua de pensar que realmente lo de aquella noche solo había sido efecto del alcohol y su invitación de ese día había sido únicamente en plan amigos.

—Si claro, como no. — contesté tratando de reír.

—Va en serio. — me miró con algo de esperanza.

Corrí la viste y se hizo un silencio incomodo, que para mí fue eterno.

—Muéstrame tus puntajes. — dijo tendiéndome su hoja.

Le di la mía y observé la suya:

Pac-Man: 1548 Mario: 7840

Guerra Mundial: 3425 Tanques: 1480

—Veamos. — suspiró tomando ambas hojas— Ganaste tres de cuatro. Pac-Man con 3236, Mario con 12048, no sé cómo diablos conseguiste ese puntaje, y tanques por seis puntos.

—Eso me deja como ganadora. — sonreí con satisfacción—Me debes un favor.

—En realidad te debo tres y tú me debes uno. — contestó.

—Oh, está bien. — contesté.

Camino a su camioneta me tomó de la mano y me frenó. Me hizo verlo y se acercó a mí.

—Quiero mi favor. — pidió.

—De acuerdo. — esa situación me estaba poniendo nerviosa.

—Bésame. — se acercó a mi rostro.

—Tienes novia. — dije al borde del pánico.

—No, solo lo dije para quedar bien frente a los chicos. — dijo avergonzado.

—Yo no puedo. — tartamudeé.

—¿No puedes o te da miedo? — pregunto poniendo un mechón detrás de mí oreja.

Ya estaba a escasos centímetros de mi rostro, entré en desesperación y lo empujé bruscamente.

—Salgo con Facu. — solté.

Sus ojos se abrieron enormemente, me miro atónito. No debí decir eso.

—Pero ustedes son...

—Primos. Lo sé.

—¿Entonces?

—Me gusta, no me puedo negar a mis sentimientos. Es complicado.

—Disculpa. — dijo con pena.

—No pasa nada. No tenías por qué saberlo.—contesté.

Caminamos lo restante en silencio, hasta que vi un cartel que llamo mi atención. Decía: Feria Solidaria.

—Es mañana, deberíamos venir. —dije entusiasmada.

—Por mi si. —dijo el con la vista baja.

Llegué a lo de mis abuelos a eso las 5 de la tarde, mi tío y mis primos ya estaba en la casa, en el living. Saludé a todos y subí a ponerme cómoda.

Facundo

Llegué a la casa con la idea de ver a Ana en el sillón, tirada leyendo un libro, pero no estaba. Mi abuelo solo supo decirme que había ido al pueblo con Agustín. Lo admito, me puse mal y quizá algo celoso, pero decidí esperarla y tomármelo con calma. Media hora más tarde llegó y nos saludó a todos

Traía el pelo algo despeinado, unos jeans que le quedaban impecables y una camisa, también tenía algo de maquillaje. Me molestó que se produjese y no fuese para mí. Dos segundos después de que ella subió yo también lo hice.

Toqué la puerta y esperé el pase que me dijo segundos más tarde. Fue muy rápida y antes que pudiera verla cerró la puerta y me besó.

—Si te extrañé. — dijo ella sonriendo.

—Estas muy linda. Yo igual.

Mi enojo se había ido por la borda, por un simple beso, eso era demasiado para mí, no acostumbraba flexibilizarme tan fácil. De todos modos, quizás había exagerado un poco al ponerme de ese modo, ella había tenido la oportunidad antes y no se había insinuado ni un poco con Agustín.

—Gracias. — me dio un beso corto— ¿Cómo la pasaste?

—Bien, ¿y Tú? — contesté.

—Bien.

—Me alegro.

—Mañana hay una feria, ¿Irás conmigo?